

REVISTA DE ESTUDIANTES.

PERIODICO CIENTIFICO SEMANAL.

DIRECTOR.—Francisco de Francisco y Diaz

COLABORADORES.

Ldo. D. Felipe Poey	Dr. Vilaró	Dr. Lendián
Dr. Ferraz	Dr. López (D. Alejandro M ^a)	Sr. Arozarena
Dr. Gordón	Dr. Caro	Dr. Maza
Ldo. D. Enrique Poey	Dr. Trémols	Dr. Dihigo
Dr. Céspedes	Dr. Castañeda	Dr. Hernández Barreiro
Dr. Ramos	Dr. Zamora	Dr. Alacán
Dr. Luzuriaga	Dr. Novo	Dr. Mimó
Dr. Solano	Dr. Lastres	Dr. Córdoba
Dr. Serrano	Dr. Mestre	Dr. Gener
Dr. Vidal	Dr. Cañizares	Dr. Berriel
Dr. Valdés Acosta	Dr. Cueto	Dr. Carbonell
Dr. O-Farriñ	Dr. Sánchez Fuentes	Dr. Valdés Rodríguez
Dr. Laudo	Dr. Castellanos	Dr. Bustamante
	Dr. Martínez de Escobar	Dr. Torrás
	Dr. Vildósola	Dr. Bango

SUMARIO

1.º Oración inaugural pronunciada en la solemne apertura del curso académico de 1889 á 1890 (continuación).—2.º Una conferencia Pedagógica, por Avelino (continuación).—Anuncios.—Teatros.

DISCURSO INAUGURAL.

(Continuación.)

IV.

Como la tierra abre su seno á las raíces de todas las plantas, así recoge la Literatura las impresiones de la patria, sus quebrantos, sus alegrías, sus ideales y sus anhelos; y así como de aquella brota espontáneamente la más rica vegetación, surge de ésta la producción del genio.

En el enlace misterioso de las ideas, lo mismo en la vida social, como en los reinos que gobierna la naturaleza, jamás encontramos un hecho aislado sin precedentes ni relaciones: siempre la lógica le preside y su inquebrantable imperio le sostiene. Esa ley inexorable nos permite observar paisajes tristes en las zonas po-

lares, hermosos prados en los climas cálidos; así como vemos literaturas espontáneas, ricas de imaginación y de encantos donde se rinde culto á la libertad y donde el hombre posee sus legítimos derechos, y lamentamos literaturas tristes, pobres y decadentes, donde el poder se levanta, donde gime el esclavo y donde los quebrantos y amarguras afligen á la criatura humana

La historia en todas sus páginas muestra esta concordancia entre la literatura y el espíritu de los pueblos. La manifiesta en Grecia con Esquilo y Sofocles, haciendo surgir el amor patrio, la tragedia, viva expresión de las victorias sobre los persas, de los entusiasmos de la acción guerrera y de las alegrías de la independencia; la nuestra, en España, con Cervantes, Lope, Tirso y Calderón; en Italia con Dante, Alighieri y Petrarca; en Alemania con Goéthe y Schiller; y en Inglaterra con Shakespeare; revelando en todas partes el ansia por la unidad nacional ó la gloria de los laureles conquistados en los combates

Nuestro siglo, que es hijo de la Revolución francesa, se ha manifestado en lucha constante por llevar á la práctica los principios é ideales políticos que aquella hizo brotar á través de tormentosa evolución. Así es que en los momentos en que todos los pueblos de Europa recogieron las enseñanzas de la libertad y la fraternidad humana, al renacer la Literatura bajo los auspicios de esta nueva redención, tanto las Letras como la Política, combatieron juntas por aquellos principios, sembrando en las almas sus mismas aspiraciones y deseos. De esta comunidad de fines y de los movimientos que ha precisado su consecución, nacen influencias mútuas entre la Política y la Literatura que ceden en beneficio abundante para ambas ramas del saber humano.

En efecto, el siglo XVIII, esa centuria tan pródiga en genios, como el cielo en luces, épocas de misteriosas empresas, brillante período de universales germinaciones, nos muestra evidentemente que la Literatura sirvió de vehículo á la Filosofía, á la Moral y á la Política: que todos los géneros literarios desde esa época en adelante, quedaron sometidos á la colaboración del progreso de los pueblos y que desde entonces las musas, abandonando la tranquilidad olímpica, bajaron á la tierra armadas de lanza y escudo, y tomaron parte en todos los combates, cantando incesantemente el himno de las victorias ó el dolor de los desastres. Bien lo comprendió Mad. Stael cuando decía que la libertad política trae á la Literatura nuevos géneros, bellezas más enérgicas, independendia y estilo vigoroso y fantástico.

La Política dá á la Literatura argumentos, materias é ideales, y recibe de ella la buena forma, el entusiasmo y las conquistas que sólo saben producir en el corazón las concepciones estéticas. Ambas se manifestaron en prodigiosa armonía corriendo parejas con los tiempos y los acontecimientos. La influencia de las letras en la independendia de los espíritus ha sido tan bienhechora y fruc-

tífera como la de las instituciones liberales en el progreso de las Letras.

Formidable poder es el de la Literatura, cuando abriendo ancho camino á un nuevo espíritu, renovando y depurando la viciada atmósfera é impulsando la injusticia de la servidumbre hácia su ruina, se insurrecciona iracundo contra quien le quiere someter á su triunfante dominio; cuando venciendo el despotismo en los campos de batalla conspira por lograr la restitución de los menoscabados derechos y prorrumpe en defensa heroica de la democracia hasta lograr romper las coyundas del absolutismo; cuando en los momentos más acerbos de la catástrofe se escuchan los gritos de las víctimas, de los que nacen siempre todas las redenciones.

Vehículo de todas las disputas sociales y ligada por estrecho lazo á las aspiraciones é ideales de la democracia, ha puesto la Literatura sus páginas al servicio de lo útil y de lo verdadero. Por eso se vé que ha sentido la necesidad de retratar al hombre, presentarle enfrente de sus virtudes y vicios, de analizar cuidadosamente todas las perturbaciones sociales para corregirlas, de penetrar en los presidios y en las aulas, poniendo sus formas á disposición de todas las obras y su fondo al de todas las inteligencias.

La Revolución necesitó de un medio adecuado para poner en circulación todas las ideas, todas las esperanzas y toda la realidad de aquel triunfo gigantesco.

La Literatura se prestó gustosamente á la hermosa obra de la redención y condujo en el seno preciso de la palabra la idea redentora, é inventó con la Tribuna, la Prensa, ejército formidable que, organizado de antemano por Guttenberg, extendió con sus mil lenguas aquel evangelio por todos los ámbitos de la tierra.

La Tribuna armó la inteligencia con la palabra. La Prensa fué el corolario de la invención de la imprenta.

V.

La Tribuna, que es la potencia creada

por los acontecimientos más notables de la humanidad, cortiene los discursos presentados en las asambleas, legislaturas ó los cuerpos deliberantes, así como las alocuciones dirigidas al pueblo y á una reunión cualquiera, con tal que versen sobre asuntos de interes general.

Su naturaleza es la del campo de batalla, á donde debe de asistirse con armas bien templadas, y con espíritu fuerte, valiente y vigoroso. Es el terreno que se elige para la lucha de opiniones y de intereses políticos y sociales, y al que sólo deben asistir hombres aguerridos, almas privilegiadas y espíritus de alta estimación. Es el prodigioso púlpito de las ideas y la colosal máquina de la civilización, sin otra misión que elevar perpetuamente el nivel de las inteligencias, para derramar sobre toda la humanidad raudales enormes de calor y luz.

La palabra es el instrumento que se usa en esa batalla sangrienta, en la que se vence ó se perece; y la palabra por si sola, es arma suficiente, ninguna mas eficaz, ninguna más mortífera, ninguna más regenerante y salvadora. Los términos principales y los asuntos que producen el combate, son los intereses generales, las garantías del pueblo y de sus derechos. La victoria ó la derrota es obra de un dia, de una hora, de un momento, pero es causa de inmensa felicidad ó de terribles cataclismos.

Si en la Oratoria sagrada el público, lleno de fé deja que la palabra del orador se deslice en medio de un espiritualismo santo, elevando aquellas almas á la región del Empíreo, en la política sucede todo lo contrario. El público asiste á la lucha como interesado en ella y se erige en Juez para coronar al que en sangrienta batalla alcanza la victoria y dirigir su eterna maldición á los que al pueblo olvidan. Ese público es el pueblo y el pueblo reserva hechos y nombres para la alabanza ó para la execración y vituperio de los siglos venideros. El pueblo es parte legítima en la contienda y por eso aplaude y por eso se indigna

Cada orador político representa una

idea y tiene, quizá, una forma de gobierno, un régimen administrativo, y particulares aspiraciones. De aquí ese incendio de pasiones y ese fuego voráz que se advierte en las luchas parlamentarias. Allí, cuando el orador se agita, el pueblo se agita más, por momentos crece la división de partidos y opiniones, la batalla se hace interminable, y el que tiene el uso de la palabra apela á todos los medios estratégicos, á todas las argucias y arterias, á todo lo que mover pueda terriblemente el ánimo de auditorio tan exaltado, con el fin de vencer y vencer á toda costa. No se lucha con un hombre, brazo á brazo y cuerpo á cuerpo; se lucha con cien adversarios, con un pueblo entero; se lucha con la idea que más fuerte que las balas y los bronces, es temible y desastrosa, como la erupción volcánica.

Y así, ¿por qué? Porque en la tribuna se trata de la garantía de los ciudadanos, de la libertad de discusión, la libertad de imprenta, la libertad individual, el registro de los impuestos, la claridad en las entradas y en los gastos, la seguridad del Erario público, el derecho de saber el pueblo lo que se hace con su dinero, la solidez del crédito, la libertad de conciencia, la libertad de cultos, la base en que se asienta la propiedad, el recurso contra las confiscaciones y despojos, el contrapeso de la arbitrariedad, la dignidad de la Nación, la responsabilidad directa de los que llevan el poder, las buenas costumbres de los pueblos, el movimiento, y en fin, todo lo que constituye la vida del ciudadano.

Ha sido, pues, la forma con que el ingenio humano ha hecho todos sus esfuerzos. En efecto, todo lo ha mezclado, lo ha fecundizado, lo ha desenvuelto: el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo hermoso y lo horrible, el amor y el odio, la razón y las pasiones; en una palabra, la luz y las tinieblas; formando con ese trabajo sublime y eterno el caos, para de él sacar la vida, la naturaleza y el organismo de la civilización.

Combatida unas veces por las tempes-

tades, otra por hombres que la han hecho sagrada con sus palabras sublimes, tan pronto se ha estremecido y temblado con los clamores de los exaltados, como ha procurado la paz y la armonía como resultado de las más terribles luchas. Fué un día el filo acerado del cuchillo y el chisporroteo de la hoguera. Allí nació el ramo de olivo y el iris de paz, y nació el terrorismo y la guillotina: allí nació también la salvación de los pueblos y el programa clarísimo del porvenir.

En la tribuna están todos los extremos: la verdad se ha expresado con violencia y la mentira con furor y enojo. Todas las supersticiones, todos los egoísmos, las imposturas y las miserias humanas, en lucha abierta con esa ley suprema de la criatura humana que le hace cumplir su destino por el bien, el deber y la virtud. La tribuna pronunció por vez primera aquellas palabras que significaban un mundo nuevo; «los derechos del hombre» La tribuna también hizo renovar el yunque en el cual se forjaban las ideas puras, esas ideas que constituyen la salvación de los pueblos, las lanzas de la justicia y los armamentos del Derecho.

Faro de luz, que siempre se mantiene después de las más terribles catástrofes, después de la rugiente tormenta, después que las pasiones saltan sus barreras, y los hombres, con acento amenazador y con furor de hiena, corren gritando ¡Guerra y venganza! es la tribuna como las olas de un mar agitado que desprecian sus límites, pero luego vuelven majestuosamente al Océano, sustituyendo la tempestad con la bonanza y la angustia y la zozobra con la tranquilidad, la brisa suave y el bienestar.

Necesario es, por demás, que tan distintos matices tomara la tribuna, ese elemento gigante de la Edad moderna, ese vehículo que habría de conducir de polo á polo el suceso más grande de la historia humana, el hecho prodigioso y sublime de la emancipación del hombre, y de la extinción por siempre de esclavos y

tiranos. La tribuna fué la encargada de demostrar, con el recurso asombroso de la palabra, que los filósofos con sus escritos, los Parlamentos con sus resistencias, las Córtes con sus locas prodigalidades, el clero con el exceso de sus riquezas, el pueblo con su miseria, la legislación con sus abusos y la civilización con sus innumerables obstáculos y extravíos, anunciaban la más terrible catástrofe. que la decrepita sociedad de nuestros padres crujía por su cúspide y sus cimientos; que carcomida y extenuada carecía de solidez y estaba minada por el espíritu del mal; que la demolición fué necesaria; y al penetrar la piqueta destructora en su base, vino el sacudimiento general y el más horroroso desquiciamiento de la sociedad y de los ideales escondidos en la noche sin estrellas de la Edad media. Esa fué su misión. Todos los pueblos de la tierra recibieron tan benéfico mensaje, y la regeneración humana fué un hecho en espíritu y verdad.

Su misteriosa evolución se hace en la vida del hombre: anunciando que la naturaleza recobra sus olvidados derechos; que comienza la vida ordinaria del ciudadano, que lo bueno y lo verdadero se abren paso franco: que nacen las invenciones y las industrias; que el espíritu humano dormido mientras la miseria y el dolor imperaban, renace y se desborda al despertador ruido que traen consigo diosas tan sublimes como la libertad, la igualdad y la fraternidad.

En efecto, si es verdad que en un día pareció que á sus pies se abría un abismo sin fondo, que en medio de densas tinieblas se oyó una especie de ruido como el del mar alborotado, lo es también que la tribuna fué la única salvación, el único refugio y la más dulce esperanza de todos los oprimidos debajo del Cielo.

Se continuará.

UNA CONFERENCIA PEDAGOGICA.

(Continuación.)

Con estos antecedentes veamos sobre que esfera de nuestro ser, y en que relaciones ha de recaer la educación del sentimiento, y porque en el niño debe ser esta el objeto predilecto de nuestra enseñanza.

Es un hecho que nuestro cuerpo únicamente siente sus estados. Los colores, el sonido, los olores, el sabor, el frío y el calor; en una palabra, las diferentes sensaciones que experimentamos, no son otra cosa que modificaciones de nuestros sentidos; atribuir á los objetos naturales estas afecciones, equivaldría á compartir con la punta de un alfiler el dolor que nos causa una punzada, dice con razón nuestro filósofo Balmes. En la naturaleza ó en nosotros mismos habrá causas que en nuestro cuerpo produzcan sensaciones; pero, ni la idea de causa, ni la realidad objetiva son del dominio de los sentidos. Sobre este punto no hay discusión posible. Pero también está fuera de toda duda, que, mediante nuestros sentidos, nos ponemos en comunicación con la naturaleza, y esta con nosotros; que la sensación es el primer dato indispensable para resolver el problema del conocimiento sensible, y que sin ella no podríamos alcanzar las últimas determinaciones, las apariencias fenomenales de los objetos naturales. Un ciego de nacimiento podrá llegar á poseer científicamente la teoría de las vibraciones del éter, y sabría por consiguiente la teoría física de la luz; pero jamás sentirá, privado de sus ojos, el fenómeno de la luz y los colores. Cuando llamamos, pues, sentimientos groseros ó inferiores á los de nuestro cuerpo, no lo hacemos porque en sí y absolutamente sean despreciables é ilegítimos, sino que entonces los pensamos en relación con otros, elaborados en más alta esfera, y según los cuales deben ser ellos dirigidos y organizados.

Decir, por consiguiente, que nuestro cuerpo, con tanta sabiduría y plástica belleza configurado, tan acertadamente dispuesto para contribuir en cuanto cabe, dentro de las condiciones del globo que habitamos, al conocimiento de la realidad sensible, y que forma elemento integrante de nuestra individualidad en este actual modo de existencia, es cosa despreciable, por ser sustancia material que nace, vive y muere dentro de la naturaleza, siguiendo sus leyes, bajo las cuales se verifica la sensación; acusa, cuando ménos, un desconocimiento de nuestra misión en esta tierra, y cuando más, el profundo desprecio de una de las obras más bellas del creador.

Afirmemos resueltamente que nuestro cuerpo

tiene su propia dignidad, que debemos respetarlo y ennoblecerlo, poniendo de relieve las bellezas que entraña, con esmerada educación, para cooperar también con nuestra obra á la que Dios ha producido más admirable en la naturaleza.

III.

La sensación es además eminentemente conservadora, y con sus opuestas determinaciones de bienestar ó placer y de pena ó dolor, nos avisa del bien ó mal, de la salud ó enfermedad del cuerpo; pero tengamos en cuenta que también nos advierte y castiga, cuando traspasamos los límites del goce justo y ordenado: porque no impunemente rompemos la armonía y quebrantamos las leyes y condicionalidades, impuestas por la Sabiduría infinita.

Por estas solas condiciones, y sin elevarnos á otros puntos de vista que la religión y la moral nos enseñan, es fácil entender que la educación de los sentidos y el lugar correspondiente á la sensación, en el orden armónico de nuestros actos, no debe ser trabajo aislado que mire solamente al organismo material, sino á nuestro ser entero, en todas sus relaciones dentro de la unidad racional humana.

Cierto que el sentimiento del cuerpo ó la sensación no es más que la expresión de la totalidad del género naturaleza en que somos producidos por leyes ajenas á nuestra voluntad; que, en consecuencia, el placer y el dolor sensible son fenómenos fatales que no podemos evitar; que, en fin, el bienestar favorece y dilata la vida corporal, mientras el dolor la mortifica y limita: pero también es indudable que, mediante la educación de los sentidos, en nuestra mano está, no sólo modificar las sensaciones, purificándolas de su inferioridad y grosería, haciéndolas más delicadas, y prolongando el placer que nos producen; sino también ajustarlas á las condiciones de nuestra vida entera, dotándolas en cierto modo del carácter de libertad que superiormente nos rige dentro de la esfera de la razón.

De lo primero tenemos frecuentísimo ejemplo en aquellos cuyos oídos y ojos bien educados reciben con placer los armoniosos sonidos de afinada orquesta, ó respectivamente la suave combinación del colorido y claro-oscuro de un cuadro, mientras detestan el ruido ronco é inacorde de groseros instrumentos ó los colores vivos, que seducen á gentes ignorantes y á pueblos salvajes; y cuenta que no nos referimos á la ideal belleza de la pintura ó de la música, sino al placer que tales objetos causan en el sentido. Para confirmar lo segundo, basta considerar, como se debilita, y casi llega hasta extinguirse el dolor de los tormentos en el cuerpo del mártir, ante el goce que su espíritu siente en el cumplimiento de los deberes impuestos por la religión ó por la patria.

Es, por consiguiente, lógico deducir de cuanto acabamos de exponer, que el cuerpo siente con subordinación al espíritu; no tan sólo porque nuestra alma, á lo menos dentro de los límites de la observación, es condición indispensable para la vida del cuerpo, y forma por su unión inmediata con él, una individualidad esencial y numérica; sino además, y sobre todo, porque debe acompañar, contener y dirigir las sensaciones dentro de sus límites y elevarlas haciéndolas propiamente humanas con la pureza de sus sentimientos.

Así, pues, hay que estudiar atenta y cuidadosamente éstos, para hacer que se desarrolle la vida entera del hombre en orden y armonía, puesto que la educación, como hemos visto, no consiste en desenvolver solamente una parte del ser, sino las partes que lo constituyen, en sí y en sus relaciones dentro del todo, para que resulte el bello conjunto que cautiva y enamora. Lo contrario da por resultado la fealdad chocante, como sucede en el cuerpo donde predomina cualquier órgano sobre los demás, ó en el árbol cuyas ramas se desproporcionan por irregular crecimiento, ó, en fin, en el edificio cuyos huecos no guardan el orden debido en magnitud, lugar y forma.

Cierto que la vida del cuerpo tiene su esfera dentro del organismo material, pudiendo decirse que la naturaleza vive con sus leyes en él, de modo que la sensación es la expresión concreta y determinada en tiempo y espacio de esas mismas leyes; cierto también que el espíritu vive opuestamente en la esfera ideal propia de su género, y siente en consecuencia, mediante el conocimiento; pero una y otra vida se realizan en la unidad individual humana y de aquí la mútua influencia del alma sobre el cuerpo, y al contrario.

Respecto á este punto es digno de notarse, singularmente por el valor que puede alcanzar en la educación moral del individuo, que la sensación despierta ideas en el alma, y, mediante ellas, la fantasía que es el sentido del espíritu, determina sentimientos que acompañan á la sensación, y no sólo la hacen más duradera, sino que, muchas veces, cesando el motivo exterior, la despiertan de nuevo, é influyen con tanta viveza y energía en el organismo, como si el objeto estuviese presente, y á esto obedece indudablemente el extravío que ciertas imágenes, reproducidas por la memoria, causan, así en el espíritu, como en el cuerpo, engendrando el desorden, la enfermedad, y á veces hasta la muerte, si otras ideas superiores no vienen á combatir y arrancar de raíz el gérmen de tanta ruina. No consiste, pues, siempre en la impureza de la carne, ó en la ruindad de la materia las consecuencias funestas de la pasión ó los torpes desórdenes del vicio, sino en el influjo del espíritu pervertido, y en el letal desbordamiento de nuestra extraviada fantasía.

Hay más aun: el sentimiento puro, nacido en el

alma misma, puede llegar á perturbar la armonía que debe existir entre esta y el cuerpo, cuando, abandonándose el hombre total y absolutamente á él, aborrece y destruye su cuerpo, negando de este modo una parte de su ser, y aniquilando las relaciones de esas dos substancias subordinadas á la esencia y ley superior humanas.

Por lo demás, en nosotros mismos tenemos el remedio de todos esos males; y la más esquisita sagacidad de parte del maestro de la niñez debe consagrarse á descubrirlo y mostrarlo, mejor que con palabras y largas disertaciones, destinadas á perderse en el vacío, con ejemplos prácticos, ofrecidos por las circunstancias: porque, dirigiéndose la educación á formar el hombre para la vida según su naturaleza propia y entera, y siendo esta una verdadera armonía, como ya hemos insinuado, ahí donde se produzca, ó pueda producirse la desproporción y desequilibrio, hay que corregir con eficacia y prontitud; teniendo presente, en primer lugar, que el placer y el dolor sensibles tienen sus límites, y que frecuentemente es necesario sacrificar el primero, ó someterlo al segundo bajo las exigencias del deber y de la realización de nuestro destino temporal, en esta vida, ó del eterno, en la otra; y además, que el desinterés purifica todo sentimiento inferior grosero, y nos predispone para los sentimientos generosos; pero es preciso que este desinterés sea motivado por los sentimientos superiores ideales sin anular los inferiores: porque de lo contrario se da origen y fomento á la vanidad y orgullo del espíritu.

IV.

Hace poco hemos afirmado que el sentimiento del espíritu, conocido bajo la simple denominación de *sentimiento*, se verifica mediante el conocimiento, y ahora añadimos que á medida que éste se aumenta y perfecciona, aquel se hace más intenso y duradero; y en efecto ¿quién no conoce la diferencia de sentimiento, experimentado por el artista que posee la ciencia estética, al contemplar un monumento arquitectónico, una estatua ó una pintura, y el sencillo aficionado que solo ha adquirido el gusto por haber visitado galerías y museos? Las emociones vivísimas del primero, el placer purísimo que se enagena á la presencia del objeto bello, serán tanto más delicados, cuanto mejor conozca el ideal, y cuanto más haya penetrado en sus atributos esenciales. Esto nos demuestra de una manera clara y evidente la razón por que los sentimientos inferiores deben ser regidos por los superiores, y cuan indispensable es en la educación de nuestros efectos el conocimiento de su gradación y orden, para no errar en el precioso arte de la vida.

Se continuará.